

El Colegio de la Frontera Sur, Maestría en Ciencias en Recursos Naturales y Desarrollo Rural.

Fuentes Orales

PEÑA, Joaquín. Entrevista a Natalia Bartolón, casada, 65 años, Barrio Bijahual, 2000.

PEÑA, Joaquín. Diario de campo. Testimonio de Juan López, casado, 42 años, Barrio Carrizal, octubre de 2000.

PEÑA, Joaquín. Diario de Campo. Testimonio de Pedro López, casado, 36 años, Barrio Pavencul, mayo de 1999.

PEÑA, Joaquín. Diario de Campo. Testimonio Víctor González, 45 años, vecino del ejido Chanjalé y Chalsijí, agosto de 1992.

“Soy purépecha nacida en la ciudad”.¹ Testimonio de una joven purépecha

María Gracia Castillo Ramírez*
Adán Machuca García**

Resumen

El texto presenta el testimonio de Liz, joven que nació en Guadalajara y es hija de una pareja originaria de Sicuicho, Michoacán. Ella creció y se formó en la cultura purépecha, pues además de la educación familiar y los continuos viajes a “su” pueblo, ha vivido en colonias habitadas fundamentalmente por migrantes pertenecientes a esa cultura, que practican sus costumbres, tradiciones y formas de vida particulares. Se considera a sí misma “purépecha nacida en la ciudad”. Su testimonio biográfico evidencia los efectos de la migración indígena en las personas, en las comunidades de origen y en la ciudad a la que llegan. Su narrativa muestra con claridad su ser hija de migrantes, su ser indígena nacida en la ciudad y, desde nuestra perspectiva, un ejemplo claro de interculturalidad en sus dos vertientes: la que enriquece y nutre la vida de manera inclusiva, más o menos equitativa, y recíproca; y, por otra parte, la que los migrantes llevan de regreso a sus pueblos, esa que no es originaria de ellos y que a su llegada afecta las relaciones comunitarias introduciendo rasgos de individualidad y competencia.

¹ Afirmación literal hecha por Esperanza Lizet Cuellar Morales en su testimonio recabado por María Gracia Castillo Ramírez.

* Profesora Investigadora Titular C en el Centro INAH Jalisco.

** Pasante de la licenciatura en Historia del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara

Palabras clave: purépecha, migrante, medicina tradicional, educación familiar, fiestas tradicionales, tradiciones y costumbres.

Presentación

La oración que titula este trabajo evidencia cómo los límites y fronteras materiales y políticos de pueblos y comunidades pueden ser rebasados por territorios simbólicos, esos que comparten vínculos diversos a pesar de estar separados en el espacio, que constituyen una “comunidad sin límites”.² Desde esa perspectiva, la comunidad hace referencia a los lugares originarios, pero también a algunos de aquellos a donde la diáspora ha llevado a los integrantes de determinadas etnias. Se concreta, en el caso que nos ocupa, en el hecho de que muchos migrantes purépechas siguen reproduciendo su cultura en los lugares de Guadalajara donde se han asentado, con las modalidades del contexto en que se ubican.

Si bien los purépechas constituyen un pueblo originario de las regiones lacustre y montañosa del centro de Michoacán, por diferentes circunstancias muchos de sus integrantes que han tenido que migrar, siguen practicando su cultura en los lugares en donde se asientan; esto es, siguen reproduciéndose como purépechas con las modalidades del contexto en que se ubican. Resistir como pueblo lo hicieron desde que la invasión europea propició dolorosos, profundos

² Revisiones sobre los planteamientos que abordan esta cuestión se encuentran en: Martha Judith Sánchez *Comunidades sin límites territoriales. Estudio sobre la reproducción de la identidad étnica de migrantes zapotecas asentados en el área metropolitana de la ciudad de México*, Tesis doctoral, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México; José Sánchez Parra, *Qué significa ser indígena para el indígena. Más allá de la comunidad y la lengua*. Ecuador, AbyaYala-Universidad Politécnica Salesiana, 2013; Eugenia Bayona Escat, *La ciudad como oportunidad y peligro. La comunidad inmigrante de comerciantes purépechas en Guadalajara*. Tesis doctoral, CIESAS – Occidente, 2006 pp. 12-21.

y complejos cambios en su vida y en su organización social y política. Así lo han hecho cuando han sido afectados por la modernidad y las políticas asimilacionistas y desindianizantes del estado liberal y el neoliberalismo.

El testimonio que presentamos evidencia aspectos que contribuyen de manera central a producir y reproducir, como grupo cultural, a los purépechas que por diversos motivos van a vivir lejos de sus lugares originarios, pero mantienen una estrecha vinculación con ellos. Los que han migrado a Guadalajara tienden a establecer sus casas cerca de la de sus paisanos, en parte alentados por lo que la gente y los familiares les comentaban de sus vivencias. Eso les permite compartir el nuevo territorio, establecer relaciones comunitarias y mantener relaciones reales y simbólicas con sus pueblos de procedencia. Ello les abre la posibilidad de celebrar algunas de sus fiestas tradicionales, recrear su historia y establecer localmente un sistema de cargos. A esto se agrega la costumbre generalizada de “ahorrar” o destinar parte de sus ingresos monetarios para asistir a la “fiesta del pueblo”.

Otro aspecto que muestra la narrativa de Liz es la concepción purépecha de la salud, la cual no sólo se relaciona con el cuerpo, sino también con la naturaleza y el entorno social. Para ellos la salud es la ausencia de padecimientos, la armonía con la naturaleza, la eliminación de agresiones y el cumplimiento con las normas comunitarias y familiares. Si bien algunos recurren a la medicina alópata - sobre todo a través de los sistemas oficiales de salud -, la mayoría, tanto los que migraron como los que no, recurren en primera instancia a la medicina doméstica y a la tradicional, aunque cada vez más, en la medida de sus posibilidades, combinan los tres.

Los purépechas contemporáneos, así los que viven en sus territorios originales como los que han migrado, tienen cuatro tipos de educación: la comunitaria, la familiar, la confesional y la oficial. Las

dos primeras mantienen estrecha coherencia y reproducen los lazos comunitarios, mientras que las otras dos – aunque se opongan en algunos aspectos –, intentan construir normas, conductas y habilidades que tienden al individualismo y no reconocen las diferencias culturales.³ De ahí la importancia del asentamiento común y de la transmisión de costumbres, tradiciones, visiones y formas de vida de padres a hijos en la reproducción de los purépechas en la diáspora.

Los aspectos mencionados, entre muchos otros, se hacen presentes en el testimonio de Liz, joven que nació en Guadalajara y es hija de una pareja originaria de Sicuicho, Michoacán. Ella creció y se formó en la cultura purépecha, pues además de la educación familiar y los continuos viajes a “su” pueblo, ha vivido en colonias habitadas fundamentalmente por migrantes pertenecientes a esa cultura, que practican sus costumbres, tradiciones y formas de vida particulares. No obstante, a pesar de que sus padres sí hablan la lengua puré, sólo sabe algunas palabras, pues no se la enseñaron.

Ella se considera “purépecha nacida en la ciudad”. Su testimonio evidencia los efectos de la migración indígena en las personas, en las comunidades de origen y en la ciudad a la que llegan. Esto tanto por las colonias que han formado, como por la difusión de sus costumbres, los trabajos en los que se emplean, la combinación de diversas labores tradicionales y no para obtener recursos, los saberes y perspectivas de la vida que comparten, aunque sea de forma invisible. A nivel general también muestra la modificación de las condiciones de vida en la urbe y en las poblaciones rurales, debida a la migración que, gracias a la industrialización tanto del campo –revolución verde– como de la ciudad, aumentó durante la posguerra y, más tarde, con la crisis del imperialismo y la entrada de la llamada globalización.

³ Arturo Argueta Villar, “Los purépechas”, en *Etnografía Contemporánea de los Pueblos Indígenas de México / Región Centro*, México, INI, 1995. Pp. 215-289.

Al momento de la entrevista, Liz estaba por terminar la licenciatura en Trabajo Social. En su testimonio biográfico se percibe con claridad su ser hija de migrantes, su ser indígena nacida en la ciudad y, desde nuestra perspectiva, un ejemplo claro de interculturalidad en sus dos vertientes: la que enriquece y nutre la vida de manera inclusiva, más o menos equitativa, y recíproca; y la que los migrantes llevan de regreso a sus pueblos, esa que no es originaria de ellos y que a su llegada afecta las relaciones comunitarias introduciendo rasgos de individualidad y competencia.

La vida de Liz muestra también rasgos de las políticas integracionistas y asimilacionistas hacia los indígenas, que, impulsadas desde el Estado, permean muy diversos ámbitos de la vida social. Asimismo, muestra contradicciones que se dan en la vida de los purépechas que son hijos de migrantes. He aquí el testimonio que Liz nos brinda de su ser purépecha nacida en Guadalajara.

La familia y la migración

Mi nombre es Esperanza Lizet Cuellar Morales. Nací en Guadalajara, en 1994. Mis padres son Efraín Cuellar Blas y Martha Morales Solís y son de Sicuicho,⁴ municipio de Los Reyes, Michoacán. Mi papá es albañil. Él se vino muy joven para acá. Antes se dedicaba a cuidar ganado. Mi mamá hace la limpieza en una escuela; sabe coser y hacer ropa, pero no la vende. Me inculcaron la religión católica. La primera comunión y la confirmación las hice aquí, pero algunos de mis hermanos allá en Michoacán. Mis papás hablan purépecha, pero entre ellos no, y con nosotros tampoco. La lengua que me enseñaron fue el español. Yo no hablo purépecha, sé palabras, pero no bien.

⁴ De Sikuiri: cuero, lugar donde se curten cueros.

Somos cuatro hermanos y todos nacimos acá. Yo soy la segunda, tengo una hermana mayor. Vivíamos en la colonia Arenales, pero mis papás decidieron vender y cambiarse a El Rehilete porque es más barato. Es un asentamiento irregular que invadieron hace como cinco años, pero todavía no está regularizada la propiedad. Mi casa es de material, enjarrada, pintada, normal. Nos gustan los muebles de madera, tenemos sala, estufa y todo, pero cocinamos también en lumbre cuando queremos.

Mi mamá nació y vivió en el pueblo hasta que se casó. Mi papá no; de niños, él, sus hermanos y mis abuelos vivieron en Zamora, donde trabajaban en la agricultura. Después se fueron a México y ahí no sé qué hicieron. De México regresaron a Sichicho y se quedaron muchos años. Luego se vinieron a Guadalajara. Mis papás se conocían de antes y cuando él regresó tenían una relación y se casaron.

Como no era muy normal tener novio, ella salía un ratito a la plaza. Era muy discreto. Mi papá se la robó, vivieron unos meses allá y se casaron. La familia de mi mamá es de dinero, no querían a mi papá porque él no tenía y decían que robaba y esas cosas. Mi papá no iba a la escuela y mi mamá estaba en la prepa. Y dice mi mamá que se la llevó porque la asustó. Un día que se les hizo muy tarde y él le dijo: – Ya no te vayas porque te van a regañar. – No, tengo que llegar. Él la asustó: – No. Te van a regresar, mejor no te vayas. Ella dijo: – Bueno, a lo mejor sí. Entonces se fue con mi papá y la llevó a vivir a casa de una de sus hermanas que ya estaba casada ahí en el pueblo. Mi abuela aun así iba a ir a recogerla, pero la familia de mi papá no la dejó y mi mamá tampoco quería regresar. Y se casaron. Pero los parientes de mi mamá no fueron a la boda porque no hubo “perdón”, porque la familia de mi mamá no quería. La única que la acompañó fue su hermana, mi tía.

En Sicuicho las fiestas de bodas se hacen muy diferente a aquí. Allá los padrinos de boda son muy significativos. No es nada más el

acompañamiento, sino que se vuelven como unos padres para los novios y son nuestros abuelos; yo les digo abuelos. Cuando se casaron mis papás, la familia de mi mamá llegó a la fiesta con palos y piedras para quitársela a mi papá. Como mis abuelos se dieron cuenta los escondieron en el ático de su casa, y en la fiesta todo mundo peliando. Se puso tan feo, que los padrinos de boda dijeron que la solución era que se vinieran a vivir a Guadalajara para que ya no hubiera problema y los dejaran vivir. En ese mismo rato, mi mamá así vestida y sin llevarse nada se vinieron para acá. Mi mamá dice que nunca vio uno de sus regalos de boda, porque ya no supo.

Mis abuelos tenían su casa aquí en la colonia Miramar. Mi mamá no regresó al pueblo como en cinco años y dice que está más acostumbrada a la familia de mi papá, porque con ella convivió todos los días y en realidad esa fue su familia. Vivían tres familias en la casa de mi abuelo, más los hermanos de mi papá que todavía eran muchachos. Luego mis papás compraron terreno en Arenales e hicieron una casa y nos fuimos. Yo tenía dos años y mi hermana cinco, ya los demás nacieron y se criaron en esa casa. Después fue cuando mi mamá regresó al pueblo, como que ya habían superado el problema. Iba con mi hermana y conmigo. A mi abuela ya no le quedó de otra, pero la relación nunca fue igual. Mi papá no les habla, o sea, sí, pero saludo y ya. Mi mamá dice que, si tenía algún problema con mi papá, nos agarraba a todos y nos llevaba allá hasta que se le pasara el enojo, así fueran seis meses. Yo creía que eran vacaciones pero, ya que nos dice, caigo en la cuenta de que era en esos momentos que se peleaban, porque de mi papá no me acordaba allá, solo de mi mamá y de mis abuelos. Ellos sí nos querían. Mi abuelo nos cantaba mucho y nos trataban igual que los otros nietos, a pesar de la historia que nos cuentan.

Sicuicho, mi pueblo

Yo toda la vida he ido a Sicuicho. No es un pueblo grande. Está rodeado de cerros y hay un ojo de agua. Las casas son de madera todavía; sí hay de material, pero muchas de madera. Las cocinas, esas sí, todas son de madera. Y se cocina en leña. Todas las casas tienen terrenos muy grandes y están separadas porque tienen un solar. Yo creo que tiene unos tres o cinco mil habitantes, no sé.⁵ Hay luz, teléfono y agua entubada, pero sólo la abren un ratito y no a todos. El agua la traemos del río. No hay drenaje. Los baños son letrinas de fosa: hacen un hoyo y le ponen madera arriba; cuando se llena lo cierran, abren otro y lo mismo. El panteón está en una orilla. Hay una iglesia. El santo es Santiago Apóstol y el 25 de julio hay fiesta en grande. La plaza no es muy grande. Unas calles están pavimentadas y otras son de tierra, antes eran de piedra y orita son de tierra. Hay molino; tú haces tu nixtamal y lo llevas y ya haces tus tortillas; pero también hay tortillerías, es opcional.

La mayoría de la gente tiene huertas de aguacate y vacas para negocio, no para consumo. También siembran maíz y zarzamora. Pero, lo que más se vende es aguacate y elote. Hay gente que contrata trabajadores para cortarlo y exportar.

⁵ Según el INEGI, Sicuicho tiene 1,755 habitantes (902 y 853 hombres). El 69.28% de las viviendas carecen de drenaje, 20.27% no poseen agua entubada y el 30.56% son de piso de tierra. EL CONAPO precisa que tiene un "Alto" grado de marginación. EL CONEVAL apunta que el 51.57% de las viviendas particulares habitadas no disponen de refrigerador, el 28.95% de la población no tiene derecho-habencia a servicios de salud, y el 50.69% con quince años y más no tienen educación básica completa. (CONEVAL. *Estimaciones con base en el Censo de Población y Vivienda 2010*; CONAPO. *Índice de marginación por localidad 2010*; INEGI. *Censo de Población y Vivienda 2010*. Principales resultados por localidad).

Las fiestas

Las principales fiestas son el 6 de enero que es el recibimiento del niño Dios; son tres los que hay en el pueblo que los reciben y les hacen fiesta. El 2 de febrero se celebra la Candelaria, y ese día la mayoría de los hombres bailan "la danza de los viejitos" y se visten así; van danzando por el pueblo con la máscara todo el día, y en la noche el punto de reunión es la plaza, que se llena con todos los danzantes bailando. En Semana Santa hacen la representación del viacrucis y una de Judas, que lo queman por lo que hizo. En junio es la fiesta de *Corpus Cristi*, también muy grande y hacen baile, es como una ofrenda a Dios por lo que te dio todo el año productivo; separan a la gente de acuerdo a su oficio: si eres comerciante te vas con los comerciantes; están los carpinteros, los carniceros, los panaderos y preparan lo que ellos hacen para regalar mientras bailan en la plaza, es para agradecer; y hacen baile en la noche. Luego vienen las de julio que son las más grandes, del 23 al 27; el 23 hay festival de cultura purépecha, el 24 castillo y misa, creo; el 25 es el mero día, hacen misa y recorrido con el santo por todo el pueblo; el 26 otro baile y ya otro día lo recibe alguien en su casa y ahí se queda seis meses. La fiesta es cada seis meses, en julio y en enero. Hay una lista de quién lo quiere recibir, y ya ves si te toca en enero o en julio, y tienes que ir preparando la fiesta seis meses para recibirlo. En septiembre hacen las fiestas patrias y escogen una reina. El 2 de noviembre es el día de ánimas, aquí día de muertos. Y después viene Navidad; igual lo de los niñitos, pero en la pastorela y posadas. La de la Virgen de Guadalupe ya es opcional. En todas las fiestas se reparten cargos.

Para las fiestas los hombres se visten normal, pero si es danzante usa traje. Las mujeres, las que son principales, usan el traje tradicional: se ponen "el rollo", que es una falda negra, plisada, muy pesada y encima se amarra el listón; mandil bonito arreglado, el *huanengo*

que es una camisa bordada, muchos collares y trenzas con moños de colores, guaraches y el rebozo que va cruzado, no sobrepuesto. Yo no tengo de esos trajes.

En general las mujeres allá si tienen un estilo diferente de vestir al de Guadalajara; las mujeres usan falda, no pantalón; aunque ya orita las muchachas sí. Pero las señoras siempre traen rebozo; la camisa puede ser como sea, y zapatos o huarache. El pelo trenzado y largo. Algunas usan medias. Y las señoras grandes siempre traen mandil. Si me tocara recibir al Santiago, tenemos que usar ese traje, a mí por hija y mi mamá porque ella lo va a recibir. Los hombres usan un pantalón muy raro de manta y bordado. Igual la camisa. Y les ponen un gabán, huaraches, un morral de hilo y sombrero con listones de colores.

Allá se toma mucho tequila y mucha cerveza. No ven tan mal que las mujeres tomen, aunque si eres muchacha sí dicen: - Ay, es que es joven, tiene que cuidar su imagen. Si eres ya casada no dicen nada. En los hombres no importa si es joven o adulto. Eso sí, compran muchísima cerveza. Es lo principal que te debe preocupar cuando tienes fiesta porque hay un encargado solamente de repartir la cerveza, si ya se te acabó, él tiene que darte otra. Y también siempre hay gente cargando con botella de tequila y es ¡uno y uno! Si tú me ofreces te tienes que tomar uno conmigo; puede ser puro o con refresco.

De comer es lo tradicional: arroz y birria de pollo o res. La birria la hacen diferente a la de aquí, es espesa, como mole y aquí la hacen muy caldosa. Eso es para las fiestas de quince años y bodas. Para las fiestas tradicionales hacen *churipo*, que es caldo de res blanco o rojo con col y las *corundas*. Las tortillas a mano. Y atoles: negro, de tamarindo, de cajeta, *puscua* – que es el blanco de masa sin azúcar, para acompañarlo con algo muy dulce –, de chaqueta, de zarzamora. El de *nuriti* es salado con anís para acompañar a la calabaza, se da al día siguiente de la boda y el de grano que también es salado.

La boda: o te roban o te piden

Si yo me fuera a casar allá, es opcional que te roben o te pidan. Si te piden, la boda la hace la novia, como ella quiera. Pero si fue robada, la boda la hacen las familias de los dos, tú no opinas. Bueno, si puedes opinar, pero no tanto. Ya armada la boda se busca padrino de todo. No es que se busque, sino que la gente se ofrece.

Aquí una vez una amiga dijo: – Es que me voy a casar, pero no tengo dinero. Y yo dije: – Pero pos, ¿pa’ qué ocupas dinero?, ¿cuánto puedes ocupar? No sé, ¡diez mil pesos, y ya exageré! – Claro que no, con diez mil no se hace. – ¡Sí! Pues toda tu familia te ayuda. Ella dice: – No. Aquí tú tienes que hacer tu boda, tu fiesta y allá te hacen tu fiesta. En los quince años aplica igual. Ellos vienen - Yo te voy a ayudar con el desechable; - Yo te voy a ayudar con los servilleteros y los tortilleros. Cosas así, ya no te preocupas tú. Yo le decía a mi amiga, si yo digo orita: - Me quiero casar. A mí me casan a más tardar en tres meses y ellos ponen todo. Y ella tiene su boda planeada como para en dos años porque no tiene dinero. Allá sí es como muy importante la familia, es la que saca adelante tu boda.

Saliendo de la iglesia, en la fiesta, empieza más lo cultural: hacen “el baile de las abuelas”. Las abuelas del novio bailan con él. Nosotros no nomás tenemos cuatro abuelas; las tías de mi papá o de mi mamá son nuestras abuelas y nos enseñan a decirles abuelas desde chicos. Yo tengo un montón. Una vez dije que tenía como diez abuelos y: – ¿Cómo que tienes diez abuelos? si todos tenemos cuatro. – No, yo tengo diez abuelos. – ¿Por qué tienes tantos? – No sé, pero tengo diez abuelos. No entendí eso hasta que crecí. Y todos ellos bailan con el novio, y le tienen que regalar una servilleta bordada por ellas. Llenan de servilletas todo el traje. El traje es normal. Y ya luego hacen eso del “mandilón”, que también lo hacen aquí, pero allá lo aplican con ella y con él. Él baila con el bebé; a ella la sientan en el suelo en

un petate a moler maíz, porque tiene que saber hacerlo; si puedes, si le convienes, y si no puedes, es así como: - No manches, no sabe hacerlo, qué fracaso. Que casi ya no se usa porque está el molino, pero tienes que saber usarlo. También es marcada la pelea entre los primos de la novia y los del novio. Se han llegado a pelear bien feo a golpes, y las mujeres se ponen más intensas: - Es que ella me dijo no sé qué, ella me aventó.

En la fiesta hay un momento en que los parientes del novio van a traer leña. Así se dice "vamos a llevar leña". Se interrumpe la fiesta y con la leña tienen que traer calabaza, *nuriti*, piloncillo, azúcar y masa, carne y todo para que al día siguiente la familia de la novia prepare el atole, la calabaza y los tamales. Al llevarlo es como un pacto de paz, y se invita a un pariente de la novia a bailar para entregarle las cosas. Los primos de la novia, ese mismo día en la noche, cuando se termina la fiesta, tienen que preparar todo lo que les dieron para al día siguiente: la calabaza, los tamales y todo. Y lo llevan bailando por todo el pueblo. Igual como ellos te invitaron a bailar, tú tienes llegar con tu olla de tamales, invitarlo a bailar y dársela. El baile es con música. La boda es todo un proceso.

En los velorios dejan a la familia en su duelo,
pero no solos...

Allá los velorios no son tristes. Comúnmente es un evento grande y todo el pueblo está contigo. Se tiene que anunciar que la persona falleció. Hay un anunciador que tiene una bocina hasta arriba y se escucha en todo el pueblo. Ahí puedes anunciar lo que vendes o que va a haber asamblea, o cosas así. Y ahí mismo anuncias que se murió tal persona. Y en cuanto anuncian tú ya sabes que tienes que ir con algo: azúcar, café, veladoras, algo que le ayude a la persona. Más que

dar el pésame, es ayudar a la familia. En menos de una hora ya están las señoras preparando la cena, la comida, el desayuno, porque a la gente que te acompaña le tienes que dar de comer. Toda la casa se invade de gente con fogones haciendo café, comida, cena. Dejan a la familia en su duelo y los demás están haciendo lo que la familia no puede. Toda la noche rezan, bueno velan, y al día siguiente igual: están haciendo de desayunar y el café y todos. Y ya lo van a enterrar, pero va todo el pueblo o la mayoría; no solo la familia. En el entierro no hay música, solo los cantos de las señoras.

Un pueblo se gobierna más autónomo

En Sicuicho se gobierna más autónomo. Si hay algún problema que se pueda resolver ahí, se resuelve ahí. No es necesario que se lleve al municipio. Se llaman "jefes de tenencia". La gente los propone. Ellos reciben las ayudas, el dinero, los proyectos, esas cosas y son autoridad. Si ellos dicen: - A las diez de la noche ya no quiero a nadie en la calle. A esa hora ya no hay nadie en la calle. O si ellos consideran que es delito "esto", es delito "eso". En su tiempo, pero es delito. O sea, sí hay una autoridad, pero de la propia gente. Si hay un problema muy grave y dicen: - Hay que hacer una reconciliación. Y sí ambas partes dicen: - Bueno, me pagas y ya no te demando. El problema se soluciona ahí y ya no van a demandar a ningún lado. Es lo que más se usa. Que dicen: - Me pegó. - ¿Por qué? Y pos ya van y arreglan y ya. Para vender una propiedad también vale su firma. Es como más autónomo. Hay asambleas en las que se comenta: - Tanto se hizo con este dinero. O -Necesitamos esto para esto. O - Vamos a hacer esto. Tampoco la ley se impone, dicen: -Queremos que sea una ley por tal razón. Y se le pregunta a la gente: - ¿Quién está de acuerdo?

Y ya el señor la pone como ley. También se le pregunta al Padre. Es una figura importante el Padre.

Se han quejado mucho del Padre que está orita. Ya no lo consultan tanto. Dicen que pide mucho dinero y roba. Que dice: – Vamos a remodelar tal cuarto y son doscientos cincuenta mil. Manda aviso a la gente del pueblo y a la que vive en Guadalajara. Y sí juntan el dinero y él no da cuentas en qué se lo gastó. Pero la gente no dice nada.

Lo que más me gusta de Sicuicho y su gente

Lo que más me gusta del pueblo es la gente y la comida. Allá hay un estilo de vida diferente al de aquí, sientes un apoyo que aquí no: si tienes problemas familiares, hay un accidente o se murió alguien, toda la gente te ayuda; todos se saludan, aunque no los conozcas; aquí no puedes ir por la calle diciéndole adiós a todos. Aquí, aunque tengas toda tu vida viviendo en una calle, tus problemas no le importan a la gente; allá sí, porque eres de su comunidad, porque eres de ahí, porque perteneces a ellos. Allá la familia es muy importante y aquí no le dan esa prioridad. Cuando yo digo “mi familia”, me refiero a los tíos de mis papás, a mis tíos, a sus hijos, a los hijos de mis primos. Aquí es mi familia nuclear y ya. Allá se da más valor a la familia y a las cosas: a la tierra, a las plantas, al bosque. Hay una conexión entre todo que se representa en las danzas, en la pintura, hasta en misa: la palabra que leen en misa no es la palabra que leen aquí. O sea, sí la leen, pero el significado que le dan es diferente, aquí la representan como dice la frase y allá lo representan en una visión más allá de lo que te dice la frase. Y te enseñan a hacer todo por ti, porque te va a servir, no porque te haga ganar algo, sino porque es para tu vida. Son visiones diferentes. Sí, sí me iría a vivir allá.

Allá es como libertad: – Haz lo que quieras. – Piérdete. Y a nadie le va a preocupar porque saben que no te va a pasar nada; no llegas en dos días y saben que vas a seguir con vida, no te vas a morir de hambre; allá nunca te va a faltar nada. Nacer con esa visión, y entrar a la secundaria o la prepa y encontrar una realidad de que sí hay hambre, no te gusta y te gusta la vida de allá. Aquí sí te puedes morir de hambre si no trabajas. Allá es más humilde y es más pobre si se quiere, pero la vida es más bonita que la de la ciudad.

Purépecha en la ciudad y “turi”⁶ en Sicuicho

Acá seguimos viviendo cerca todos los que se vinieron de allá. Hay cuatro colonias juntas: Arenales, Miramar, El Rehilete, y la 12 de diciembre. Mi familia sí es del mismo pueblo y nos juntamos nada más los de mi pueblo. Sí conocemos de otros pueblos, pero no nos juntamos para celebrar.

Yo siento que lo que me hace diferente es mi manera de ver la vida. Aunque un tiempo creí que todos podíamos ver la vida como yo, después te das cuenta que no, porque no te criaron como a ellos. Mi visión de la vida incluye cómo la vive mi entorno, no nomás yo. Yo le doy valor a cosas que a ellos a la mejor no les importan. Aquí hay mucha gente mala. Y yo toda la vida nací creyendo que no había gente mala. Algunos dirán: – ¡Ay, qué ingenua, qué bárbara! Pero, yo creía que no había gente mala porque así me lo enseñaron mis papás. Hasta que te das cuenta que sí hay gente mala. Allá la gente mala, es muy rara. O sea, sí hay malos, pero como malos de enojones.

⁶Turhísi: mestizo, que no pertenece a la etnia. En Medina Pérez, Alberto y Alveano Hernández, Jesús. *Vocabulario Español-P'urhépecha P'urhépecha-Español*. Plaza y Valdés, México, 2004, p. 78. Mestizo, el que habla español únicamente. <http://www.purepecha.mx/iretarhu.php?takukata=vocabulario>

Cuando alguien de allá dice: – Eres bien mala, es que eres enojona, no que seas una mala persona. Para mí una mala persona es alguien que insulte, que golpee, que mate a alguien, que no cuide las cosas. Cuando te das cuenta que aquí existe toda esa clase de gente, pues si te preocupas. Y te dicen: – No confíes en ellos, porque son malos. Y allá no hay gente así.

Yo siento que lo único que me hace diferente a los de Sicuicho es no haber nacido allá. Ellos dicen que las de Guadalajara somos muy presumidas y esas cosas, pero porque nos vestimos diferente o porque llevamos cosas de aquí a allá. Por ejemplo, yo me pinté el cabello la mitad verde, la mitad negra y cuando llegué allá si fue de: – ¡No manches! Y empezaron a decir: – ¡Es que se lo pintó! Pero después todo mundo lo empezó a hacer. A lo mejor no tan drástico como yo, pero sí un mechón.

Nos dicen *turis*. Es una manera de ofender, pero no como grosería, sino para discriminarte, que no eres como ellos. *Turi* quiere decir que eres de ciudad. Dicen: - Luego, luego se te ve lo *turi*, o - Se te nota lo *turi*, - Te sale lo *turi* luego, luego. Mis papás no son *turi* porque ellos sí nacieron allá y se criaron allá; los *turi* somos los hijos, porque nosotros llegamos con otra ropa, con otra manera de hablar, con otra manera de expresarnos. Y dicen que somos radicales porque a veces, cuando se nos hacen absurdas, no respetamos las reglas y decimos: - Pos no lo voy a hacer. Y no lo haces. Por ejemplo, mucha gente dice: –Es que tienes que rezarle así al santo. Y tú dices: – No lo voy a hacer. – No, pues es que es el Santo, no le puedes faltar el respeto, es el Santo de aquí. Y mucha gente dice: – Yo no, yo no creo en eso. Porque agarras ideales de la ciudad. Ven como que somos muy rebeldes. O - Es que ellos no cuidan nada, desperdician muchas cosas. Cosas así, hábitos que agarras aquí, y los llevas allá, y se les hacen extremistas. O que - ¡Ay, no! es que le gritó a un hombre. - No, es que traía el vestido bien cortito. - Es que esos usos agarran en la ciudad.

Los hombres no dicen tanto, las mujeres sí. A los hombres de allá les llama más la atención una mujer de ciudad que una de su pueblo. Yo creo que porque somos diferentes. Y a las mujeres eso les causa conflicto y empiezan a decir: - Es que son bien presumidas, son bien creídas. Pero no es cierto, yo no creo que sea presumida ni creída.

Allá no tengo amigas, solo mis primas, pero que no sean de mi familia, no, porque hagas lo que hagas no les caes bien. Pero sí les gustan las cosas que llevamos y todo mundo quiere hacerlo. Si llevas un teléfono nuevo: – ¡Ay, qué bonito! Y ya todo mundo quiere y te encarga: – Me traes uno, y cosas así. Allá está muy caro todo eso, entonces, – Ay, si voy a Guadalajara voy a traerlo. Y vienen y lo llevan para allá.

Medicina tradicional

Hace poco que metieron al pueblo la medicina alópata. La gente se cura con medicina tradicional, con plantas y todo mundo las conoce, y si no la conoces preguntas y te dicen. Parteras que yo sepa no hay, quienes las necesitan van a otro pueblito ahí pegado que ya está más grande, ya es como ciudad. Hay sobadores y curanderos, pero van más con los sobadores porque ellos tratan todo tipo de problema. Si estás enfermo y tienes una semana que no te curas: – ¡Ve a que te soben! Hay muchos sobadores, mi tía es una. Allá un susto es bien delicado y tienes que ir a que te soben. La enfermedad del susto es cuando te pasa algo y te asustas, pero fuerte: si viste algo y te asustaste mucho, pero no de gritar y esas cosas, sino como que sufriste un impacto emocional, una noticia muy fuerte, un accidente. Si yo orita saliendo me caigo del camión, es un susto y tengo que ir a que me soben para que no pase algo más grave. Hay una enfermedad que

no tiene nombre, es como que te vuelves loco, supongo que aquí es como esquizofrenia. Y la curan con puras plantas. Aquí también hay sobadores en las colonias en que vivimos y cuando alguien se asusta va con ellos. Una señora que era mi vecina soba. A mis hermanos también los soban, y como vamos muy seguido a mi Michoacán pues decimos: - Ya que estemos allá, y allá nos soban. Yo hasta la fecha casi no voy con el doctor, nos curamos con pura hierba.

Tengo mucho apego a las creencias

Yo valoro mucho a mi familia y a mis creencias. Siempre he respetado la opinión de la gente en cuanto a la religión, porque hay gente muy escéptica que dice: - No, no creo. Pero yo sí tengo un apego muy cercano al Santo de nosotros, a Santo Santiago. Con él hay que ir a visitarlo, platicar con él, decirle tus cosas y pedirle o agradecerle, llevarle una veladora o dinero, pero si tú quieres, no es obligación. Yo sí creo en las historias que nos han contado de él, en que de verdad hace las cosas, que tú puedes hablar con él, que te escucha y esas cosas, también le tengo mucho valor a eso. Y a toda mi familia en general. Es como el lazo que nos une. A todas mis creencias las defiendo mucho, aunque digan: - Es que hay estudios que comprueban que eso no puede existir. O que: - Ay, su pensamiento es bien anticuado. Les tengo mucho valor y no porque alguien me diga eso lo voy a cambiar, porque es en algo en lo que yo crecí y a mí me hizo feliz haber nacido creyendo eso. Y es algo que le voy a enseñar a mis hijos.

En mi familia, en mi pueblo es muy normal creer en los fantasmas, en que reencarnas en otra persona, que tus muertos te visitan y que tú te despidas de la gente cuando te vas a morir, porque algo te dice que te vas a morir; en que puedes ver a tus muertos, porque no se acaba la vida cuando alguien se muere. Nosotros no sentimos

la muerte como ¡ay, ya se acabó la vida!, sino como: hay otra vida, y vamos a volver a estar con esa persona. La gente dice: - Te mueres y ya dejas de existir ¿cómo puedes creer que vas a reencarnar en algo? Eso es porque la religión te lo metió. La religión lo menciona, pero nuestra visión es diferente, no lo entienden y tampoco te pones a discutir. Creemos mucho en eso de los muertos, es como que nuestra vida no se acaba aquí. Y siempre nos han dicho: - Haz lo que quieras porque te vas morir de cualquier manera, así sea aquí sentada o saliendo o en diez años. Entonces: - ¡Hazlo! Y otra: - Ay, tu visión de las tradiciones esa no es real, que tú usas esto porque significa esto, y para mí significa esto.

Nosotros hacemos el día de muertos, y "recogemos los pasos del muerto" porque él los recoge contigo. Él recoge los pasos donde toda su vida pasó. Si él estuvo en tu casa, va a ir a tu casa a visitarte porque tiene que ir a recoger los pasos que dejó ahí. Entonces, cuando alguien se muere decimos: - Ay, yo sí sentí el otro día que estaba conmigo. Y mucha gente que desconoce te escucha y dice: - ¡Ay, ajá! Pero de verdad, fue a tu casa y estuvo ahí contigo. Hay veces que dicen: - Ya se murió fulanita, no tarda en "venir a recoger los pasos", dejen la puerta abierta porque tiene que pasar a recogerlos. Y simplemente sabes que estuvo ahí. Mucha gente tiene miedo a eso, a los fantasmas, pero eso nos hace sentir diferente, nos hace sentir bien que nos visiten, que vengan a nuestra casa.

También creemos que hay una conexión con los animales, no es que sean sólo animales, porque hay gente que cree que no tienen sentimientos. Nosotros no decimos que los tengan, pero un perro sí te puede decir muchas cosas, como que alguien se puede morir por ciertas cosas que él hace, y yo sé que va a pasar. Lo comentamos y decimos: - Va a pasar algo. Y pasa. A lo mejor es casualidad, pero nosotros no lo vemos como casualidad, funcionamos así. También con la dinámica de ellos; si él aúlla, es porque algo va a pasar, y pasa.

Entonces, yo no le llamo coincidencia porque sí lo hemos comprobado. Otra cosa, mi mamá siempre nos dijo: – Cuando llueva mucho y no puedan controlar la lluvia, y tengan miedo, salgan y avienten sal a la calle y la lluvia se corta. Porque lo más valioso es la sal en la cocina. Sin sal nada sabe bueno, entonces, si tú se la ofreces deja de llover. Y la gente como que: – ¡Ay, claro que no, aventando sal no se va quitar la lluvia, que ridículo! Pero funciona. A mí sí me ha funcionado. Yo sí lo hago y mi familia lo hace.

Educación

En Arenales me metieron al kínder y a la primaria Luis Donaldo Colosio. Estudié la secundaria en la técnica 136. Todas oficiales.

A mí me criaron diferente a la gente de acá. No me enseñaron a decir “por favor” y “gracias”. Si tú quieres decir “gracias”, no lo vas a decir porque es una regla, no es así como que tienes que ser “educada”. Eso siempre me lo enseñó mi papá. También nunca me enseñaron “la ciudad es mala” o esas cosas, por lo mismo yo no captaba la diferencia entre allá y aquí, porque nunca me enseñaron eso que: – Tú eres de allá. Es diferente la vida allá que la vida aquí. Y yo creo que me enseñaron a querer mucho la naturaleza; aquí no naces queriéndola, o no sé cómo decirlo, y allá sí. Por ejemplo: – Nunca tires basura porque la tierra es esto... O – No, mira, el agua no se tira por esto, cosas así; entonces yo no lo hacía. Eso fue así como toda la vida. Y también las tradiciones de allá, apegarme mucho a ellas. Siempre me enseñaron que hay un Dios, pero no es necesario ir a misa todos los domingos y esas cosas, porque es más espiritual, como más de tu persona que de ir a una iglesia. Y de todas las historias que me contaban de los Santos y las guerras, y que la gente hacía esto, te creas como un mundo bien diferente en tu mente, te hace como más fuerte. Es como afrontar

los problemas de diferentes maneras. Mi papá siempre nos enseñó a reírnos de todas las cosas que te pasen, ya sean buenas o malas; y a llorar por las cosas bien pequeñas, como si repruebas una materia, porque eso sí vale la pena; pero, si alguien se te murió, no llores porque eso no vale la pena.

La escuela sí la entendía bien. Todos los años de la primaria tenía diploma, era muy lista a pesar de que mis papás no estaban ahí. Pero cívica y ética a mí se me hacían ilógicas, siempre vi inútiles esas materias porque decía: – ¡No manches, eso qué, eso te lo enseñan en tu casa! O sea, de los valores, de las obligaciones y esas cosas. En ciencias naturales también se me hacía bien raro porque yo llamaba las cosas de otra manera. Yo no platicaba cómo les decía, sino que, nada más las analizaba y decía: – Ah, así les dicen aquí, es el nombre real, el nombre de las plantas, de algunos animales. Aquí veían absurdo la medicina tradicional y mi familia la usa mucho, entonces, cuando yo decía: – Yo me curé de esta manera, era así como de – Ay, qué raro. Yo nunca he ido al doctor y yo decía: – ¿Por qué los demás niños si van al doctor y yo no?

A los juegos nosotros les decíamos de otra manera. Y cuando decíamos: – Vamos a jugar, todos entendíamos cuál era el juego. De hecho, como la mayoría de nosotros éramos de allá, la poquita gente que era de ciudad se acopló a nuestros nombres y nuestra manera de jugarlos, por eso no se me hacían tan raros. Pero ya cuando entras a la primaria y que: –propongan juegos, y tú dices el tuyo, y alguien dice el mismo que el tuyo pero con otro nombre, entonces dicen: – No pos que el de él, porque lo conocen más. Y cuando él lo explica dices tú: – ¡Ay, pos es el que dije yo! pero él le dio otro nombre. Cambian los nombres, no tanto el juego, son iguales o parecidos. Los nombres son los que cambian.

¡Uchicua! ¿Cómo que no sabes qué es?

Naces como con una ideología de vida que la gente de aquí no tiene. Cuando era chiquita, en la colonia donde yo vivía, la mitad de la gente era de mi pueblo. Entonces, yo me crié con gente de mi pueblo, de mi ideología y de mis creencias; jugaban lo mismo que yo y hablaban lo mismo que yo. Ya cuando entré a una primaria con niños de todos lados, ya te das cuenta que no eres igual, que eres diferente y no lo dices. Y tus papás no te lo dicen tampoco. Entonces te das cuenta por ti que no eres como todos, y empiezas a reservarte cosas, y a no a decir todas tus opiniones. ¿Por qué? Porque la mayoría no piensa como tú lo piensas. Por ejemplo, en mi casa yo decía mucho la palabra *Uchicua*. Mi papá todavía me dice “uchi”, porque yo toda la vida la dije. Es una expresión que dices si estás muy emocionado: - ¡Uchicua! Y yo la decía muchísimo y en mi colonia era normal, porque todo mundo sabía el significado. Cuando entré a la primaria y se me salía decirlo, se reían, o me decían: - ¿Eso qué es, ¿qué significa? Y yo decía: - ¡Pos es eso! No sabía ni cómo expresar qué significaba, porque para mí era claro y para la gente que me oía decirla también.

También me decían: - Es que no puedes tener tantos abuelos. Y yo me sentía mal y le preguntaba a mi mamá: - ¿Por qué yo no puedo tener tantos abuelos, por qué todo mundo tiene cuatro? Ella que me decía: - Ah, mira, es que no son tus abuelos; son tíos, tú les dices abuelos, porque son como tus abuelos. Entonces entendía la diferencia y ya no mencionaba a todos mis abuelos.

O palabras que decía con acento, porque mis papás tienen acento y yo las decía con ese acento. En la primaria se me fue quitando a fuerzas. Me hacían repetir las palabras, yo las repetía y se reían, y yo no entendía porque se reían. Les decía: - ¡Las estoy diciendo bien! Una amiga me dijo: - Es que escucha, cómo las dices tú y cómo la

decimos nosotros. Entonces como que agarraba el rollo y la repetía como ellos la decían y sí cambiaba.

Ya en la secundaria fue más fácil, porque ya había vivido todo eso, pero aun así es difícil, ver que no que no perteneces a Guadalajara, que no naciste aquí, bueno, sí naciste aquí, pero no fuiste criado como ellos.

Mis papás no me hablaron sobre educación sexual, siento que no se les hacía prioritario. Como que decían - Ay, pues ella va a saber sola. Creo que así lo entendían. Entonces nunca lo dijeron, pero si les preguntaba no era de: - Cállate, no digas eso. Sí me contestaban. Aunque mi mamá sí se reía mucho, pero sí me decía, sí me contestaban.

La prepa: para ellos el color sí era como bien importante

Fui a la prepa 9. Mis papás querían que siguiera estudiando. Yo también, pero ya que entré ya no quise ir, porque cuando estaba en la secundaria era bien diferente todo, yo tenía mis amigas, era gente de la colonia y todo normal. Y entré en la prepa 9 que es de las que son más de gente creída y “fresa”, eran de dinero y tenían una autoestima bien elevadísima. Y para ellos el color como que sí era bien importante, y a mí mi familia nunca me enseñó como a ver los colores, porque mi papá es blanco y mi mamá es morenita, tengo dos hermanos muy blancos y dos muy morenos y yo estoy como entre los dos. Cuando entré a la prepa como que el color era muy importante, y el tener dinero también, y ser de ciertas colonias también. Entonces, como que me llegó de repente todo eso porque yo no era así. Yo no tenía las experiencias de vida que ellos tenían, porque yo estaba más “en mi pueblo”, “en mi pueblo”, “en mi pueblo”. No tenía las experiencias de vida de ellos, que después te das cuenta que en la secundaria debiste

haber ido a fiestas que yo no iba porque para mí era irme a pueblo, en ocasiones era mi urgencia. Entonces si no habías ido a fiestas en la secundaria, pos no entras con las del grupo. Me sentí tan mal en la primera semana que yo no quería ir. Y me agarraba llorando: – No, no quiero ir, no quiero ir a la prepa. Y me decían mis papás: – ¿Pero, por qué? ¿No te gusta? – No, no quiero, la prepa no me ha gustado, son muchas tareas, son muchas responsabilidades. Pero yo no les decía que a mí me trataban diferente. Como digo, siempre fui muy buena en estudios y decía mi mamá: – Tú vas a poder con eso. O sea que no eran pretexto las tareas porque sí podía. Ya después pues sí les dije que no era por eso.

En la prepa todo se me cayó, porque yo estaba acostumbrada a mi pueblo. Yo toda mi vida la viví allá, mi mamá pedía hasta permisos de llevarnos una semana antes de salir de vacaciones, nos íbamos todas las vacaciones, estábamos allá como dos meses, un mes completo y así. En la prepa pues te hacían preguntas de la ciudad que yo no podía responder: – ¿Has ido a...? Yo empecé a salir, a conocer la ciudad por la prepa. Mis papás sí me sacaban mucho, pero al centro. Cuando me preguntaban: – Oye, ¿conoces tal cine? Y yo: – No. Porque nunca había ido. – ¿Has visto tal película? – No. Porque nosotros no veíamos eso. – Oye Liz ¿tus papás que estudiaron? – No, no estudiaron nada. Cosas así, actividades muy de ciudad que ellos hacían, y yo no estaba acostumbrada a hacerlas: – ¿Has ido a tal lugar? Y yo: – No. – ¿Has ido a comer a tal restaurante? – No. Yo supongo que no lo hacían por maldad. Yo decía: – Pos no, yo no hecho nada de esas cosas. Y ellas: – ¡Ay, qué aburrida, no te juntes con nosotros! Pero hay gente como yo, que a lo mejor no quería o no tenían la oportunidad de hacerlo, era con los que yo estaba. Y yo le decía a mi mamá: – Quiero irme a estudiar allá, allá hay prepa, yo no quiero vivir aquí. Pero nunca quiso – ¿Por qué no? Pero yo no le decía que no me sentía como ellos. A mí no me gustaba cómo eran. Cuando terminé como el tercer semestre,

como que ya me empezó a valer la opinión que tenían, o si yo hacía las cosas o no, y fue cuando empecé a salir más y a leer, y a ir eventos y esas cosas. Conocí a gente que tuviera la misma idea de ir a tales lugares. Fue cuando me empezó a gustar la vida de aquí, a convivir con la gente de aquí. Me costó adaptarme, ya como a mitad de la prepa trabajé eso de que no me importara porque al final mi vida no iba a ser como la prepa. Y sí terminé la prepa ahí.

Empecé a salir al centro, pero no a donde mis papás me llevaban. Ellos nada más me llevaban a Plaza Liberación, a San Juan de Dios, al Cabañas, para el Degollado, esas calles, y era lo que yo conocía del centro, ni sabía cómo se llamaban las calles, ni nada. Y empecé a salir al centro a lugares como para mí, que vamos a Chapultepec, íbamos ahí y para el Cultural mucho, iba a cafés, a bares, con amigos íbamos al Parque Rojo.

Pero aun así, cuando conocí a un novio que tuve de una escuela de música – porque yo estudié música también –, su estilo de vida era bien raro, muy de fiestas y de que los amigos son los más importante que puedas tener en la adolescencia. Yo decía: – Yo no. Y en un tiempo sí pensaba: – Ay, me hubiera gustado vivir como él vivió su adolescencia, y no como la mía, bien reservada y cortada de todo. Y un tiempo sí viví como con ese desagrado de mi vida de decir: – Ay no, pues me hubiera gustado ser más así. Pero ya después dije: – Él vive así pero no vivió todo lo que yo viví de mi cultura; me gusta ser así, de donde vengo y lo que hice, aunque no lo hice como ellos lo hicieron. Entonces aprendí a estar con eso y me gusta mucho vivir aquí, ya me acostumbré. Sí me iría a vivir a allá, pero sí extrañaría mucho también las cosas que hago aquí que allá ya no podría hacer.

Nunca me gustó el estilo de ser de las muchachas que eran como muy superficiales, porque no era así, nunca se lo aprendí a nadie, supongo. Empecé a agarrar como más el estilo de esa gente que todos ven como “raros”, y a frecuentarme con gente así. Y ellos me

invitaron a salir a diferentes lugares, empecé a ir a un concierto, y me gustó mucho ir a los conciertos de todo. Bandas no, aunque allá se escucha mucho esa música. Pero casi no iba de esos, ni de pop, iba más como a los de grupos nuevos. Y yo les decía a mis papás que iba a ir, y mi papá: - Ajá, bueno. Siempre se portó como muy buena onda en ese sentido, de que yo voy por ti y así. Pero ya después como que ya no quería que fuera, ya era como de que: - Yo me regreso sola. Y aparte hacían fiestas, y nunca había ido a fiestas de ciudad, porque de chavos allá hacen un montón, pero de ciudad, como las hacían aquí, no. Empecé a ir a esas fiestas y me sentía rico. Porque cada quien estaba con la gente que le caía bien, y allá no aplica estar con la gente que te cae bien, es como que todos ahí, entonces yo decía: -¡Qué aburrido! Y empecé a salir mucho a conciertos, y como los conciertos suceden en diferentes puntos, tenía que conocer a fuerzas por dónde me movía. Después empecé a ver que había eventos culturales gratis, y también iba a todos ellos. En todos esos eventos conocía más gente y esa gente me invita a más cosas, entonces ya empezaba a ir a más cosas, y así a más cosas. Hasta que, de repente, ya no necesitaba que me invitaran porque ya sabía, yo más bien invitaba más gente, íbamos todos.

De mi familia yo fui la primera que empezó a hacer eso. A mi hermana no le he preguntado, pero ella empezó a vivir como mi vida ya más grande, como a los veinte, y yo a los diecisiete, dieciocho. Ella estudió hasta la prepa. Después se metió a gastronomía, pero en cursos. Y yo a mis hermanos les quité eso: - No se sientan mal, porque yo lo viví. Y les decía: - Salgan y vayan a todos los lugares donde los inviten, porque yo pensaba: - En algún punto lo van a sentir. Y pues yo no quería que se sintieran como yo cuando les dijeran: - Ay, ¿por qué no hiciste eso? o ¿Por qué no fuiste acá? ¿Cómo que no conoces esto? O trataba de invitarlos conmigo, - Vamos acá. - Hay que hacer esto.

Y - Esto es esto, esto significa esto. Porque yo no quería que cuando a ellos les mencionaran eso, ellos dijeran como yo: - ¿Y qué es eso?

Mi amigo el Hippie

Ya cuando no quise que mi papá fuera por mí, me regresaba en taxi. Tuve un amigo, todavía es mi amigo, que significa mucho para mí, porque él es como bien *hippie*. Él me enseñó mucho. Yo era de: - Es que tengo que pedir permiso. Que sí te cuesta romper con eso, porque así me educaron, a pedir permiso para todo, y nunca echar mentiras, no se valían ni las mentiras piadosas. Entonces, yo no era mentirosa, ni mal portada, yo decía: - Es que yo tengo que hacerles caso porque si no me castiga Dios y esas cosas, y que el infierno. Eso como que me gusta, porque con eso yo crecí y decía: - No, no, me van a castigar. Es que las mentiras siempre salen a luz. Y mi amigo no tenía ese pensamiento, y me enseñó que no había consecuencias de echar mentiras de vez en cuando, que, si no llegabas, no pasaba nada porque no te iban a correr ni te iban a matar. Aprendí a ver esas cosas y dije yo: - No, pues sí es cierto. Empecé a echar mentiras, como decir: - Voy a tal lado, y me iba para otro. Pero fue porque mi amigo me enseñó hacer eso, porque a veces yo quedaba de salir con él, y mi papá: - No vas a salir de aquí. Y yo me la creía, o sea me decía: - Si sales, aquí ya no regresas.

Y yo pensaba: - No manches, si me salgo ya no me va abrir la puerta. Y mi amigo me decía: - Eres su hija, no te va a dejar en la calle. Un día le calé y me fui, me valió y sí, supe que no pasaba gran cosa, solo te regañaban. Reflexioné: - Ay, de haber sabido eso toda la vida, lo hubiera hecho. El chavo me dijo: - Nunca dejes de hacer algo que quieras porque te digan que no. Entonces empecé a aprender ese pensamiento y a hacer lo que yo quería. Y eso sí me hizo cambiar mu-

cho con mis papás, porque ya no les pedía tantos permisos, o no les platicaba todas mis cosas. Porque ellos también tienen una educación bien estricta de: – A mí permisos con una semana de anticipación, si no, no. Y – A tales horas. Y cosas así. Y no me gustó eso y ya fue cuando cambié, como yo misma, por mi amigo pues. Y allá en el pueblo no pasa nada si no avisas, porque saben que allá no importa, allá no pasa nada. Allá llegamos, y cada quien hace lo que quiere, donde quiera dormir, donde quiera llegar, que coma como pueda y así. A mi papá todavía le cuesta un poquito eso de que salgamos. Dice: – ¡Pos entonces hagan lo que quieran! Y al final termina con diálogo y a veces hacemos lo que queremos, pero a veces no porque sí se enoja, y decimos: – Bueno, no. Y ya no lo hacemos tanto, y también por los más chiquitos, porque sabemos que si lo hacemos ellos van a decir: – ¡Ellas hacen lo que quieren, y Usted nada! Y evitamos. O le decimos, pero no en familia.

Y me gustaba más ser independiente, que estarles pidiendo permiso. En realidad, nunca hubo un contraste de decirles: – Ya no quiero que vengan por mí, sino que ellos lo dieron por entendido. Por eso mi mamá dice: – Es que te cambiaron bien mucho cuando ya empezaron a salir. Y mi mamá no sabe de un montón de lados que yo he ido porque nunca le dije, de haberle dicho no me hubiera dejado, pero no lo sabe porque yo le decía otras cosas. Por una parte, sí está bien, porque sé cuándo una mentira es extrema y cuando es leve. Pero ahorita ya no lo hago.

Los novios

Mis primeros novios fueron de allá, porque estaba más allá. Cuando fue de aquí no me hallaba, no me gustaba, porque tienen como una visión de noviazgo bien rara, muy diferente. Allá es más bonito, más

tranquilo, más... no sé cómo decirlo, pues sí, tranquilo: empiezas hablando primero y esas cosas, y tardan como un año en decirse que se gustan. Se me hace bonito. Y aquí no, aquí en una semana: – ¡Ay, me gustas y no sé qué! Y quieren comer muy rápido todo y allá es un proceso muy despacito, para andar de la mano ya es bien extremo, y aquí como que: ya somos novios, ya te da derecho a que pasen todo. Y yo no estaba acostumbrada a que ser novios te da derecho a más cosas, sino como a un proceso más lento. Y no sabía cómo decirlo. Y sí me causaba problemas con ellos, porque al final, como no lo decía, mejor terminaba las relaciones. Después entendí que un proceso lento hace que acá no funcionen las cosas. Pero me sigue gustando el proceso lento ya como novios serios. Aparte de que a mi mamá nunca quiere a nadie.

Qué estudiar

Siempre me gustó artes. Pero mi familia no podía pagar una carrera. Y quería estudiar letras, porque siempre me ha gustado leer y quería ser escritora y esas cosas. Un maestro nos habló de la carrera porque yo le había preguntado que cuál era la carrera para ser escritora, y me dijo que no había carrera para eso, que lo que se acercaba era letras, y eso no te hacía escritor. Entonces vi el programa de letras y decidí letras, hice trámites para entrar y no salí y no salí, siempre me faltó un punto. Mi mamá quería que cambiara de carrera, y fue cuando estudié fotografía y pintura. Había un programa en Zapopan y te becaban al 100%, sólo no tenías que estar estudiando. Metí trámites a esa escuela porque me sentía bien mal porque no salía, y dije: – Voy a hacer una carrera bien fácil. Pero todo mundo me decía: – Es que con ese promedio puede salir en cualquiera. Pues sacaba 158, 159, 160 y en letras era 161. Y me aconsejaron: – Pues con eso sales en otra

carrera bien fácil, ¿por qué no lo cambias? Hice caso y vi la carrera de trabajo social y me gustó, porque tenía muchas ramas combinadas, y dije: – Ah, pues está padre esa y no piden tantos, sí salgo. Y cambié mis trámites. Estudié la carrera porque ya no quedaba de otra, no porque la hubiera querido. Y pues sí me gustó, pero yo siempre quise estudiar arte. Y es así como llegué a Trabajo Social. Haré mi tesis sobre “La reconfiguración de la identidad indígena en el contexto urbano a partir de la inmigración”.

Pero... eres purépecha

Tengo conocimientos de lo purépecha: me sé todos los remedios y las tradiciones. La cosmovisión purépecha, la conexión naturaleza, tierra y hombre, y los valores de vida que ellos tienen, como hacer las cosas sin esperar otras a cambio, hacer porque tú sabes que está bien; ayudar siempre a las personas; dar si te sobra y si te falta no pedirlo, las cosas van a llegar y ya; vivir al día, o sea sin estar planeando ni esas cosas; reír en todas las cosas de la vida y llorar solo en las cosas pequeñas.

Hasta hace poquito no me sentía diferente a las personas, porque mis papás nunca me dejaron que me hiciera sentir diferente, hasta que un día unas personas me dijeron: –Pero eres purépecha. Y entonces dije yo: - El serlo me hace diferente, pero en un sentido bonito. Yo creo que soy como de las dos partes. Me gusta mucho mi cultura y me iría a vivir allá feliz de la vida, aunque me digan: – ¿Cómo? si estás acostumbrada a lo de aquí. Yo sería feliz allá y a mí sí me gustaría casarme con alguien de mi cultura, y no con alguien de la ciudad, y que mis hijos fueran de mi cultura. Pero, también me gustaría criarlos allá, pero que vinieran a vivir la vida que yo viví en la ciudad: la experiencia de ir a un concierto, de probar una comida

diferente a la que toda la vida comiste, de un mundo diferente en el que no todos piensan como tú. Yo creo que eso es por lo único que me los traería a vivir aquí, para que ellos tuvieran otra visión de vida, y eligieran qué de las dos cosas quieren más. Porque a mí, el vivir aquí, me hizo reafirmar mi cultura, más que quererla perder me hizo quererla más y decir: – Me gusta mucho ser así, y haber nacido así, y haber estado en dos lugares diferentes, y haberme acostumbrado a los dos al final, y haberle sacado de los dos lo mejor que tienen.